

El patatú de Obejo

Entre las intrincadas cuerdas de serrijones de la Sierra Morena, en la agreste sierra que al Norte de Córdoba separa la Campiña Andaluza de la penillanura de Los Pedroches, existe un pueblo del que hoy puedo dar fe, pero que antes fué para mí como para muchos, algo quimérico, que sólo tenía visos de ser por la mancha roja con que aparece indicado en las planos oficiales.

Colgado, como un nido de aguilucho, oculto al mediodía por recia eminencia cuarcítica, sólo a los que por vocación o necesidad hemos de cruzar de aquí a allá la sierra, entre olivares y breñas, hacia la agreste junta de los ríos Cuzna y Gato, nos fué dado divisar en lontananza la agrupación de viviendas que desde milenarios tiempos da lugar a ese arcaico poblado; donde el aislamiento a que dió lugar su emplazamiento topográfico hizo a la par que se conservaran costumbres y modalidades, que hoy, al contemplarlas en pleno siglo xx permiten atisbar restos o reminiscencias de fechas que se elevan también siglos atrás a los comienzos de la era cristiana.

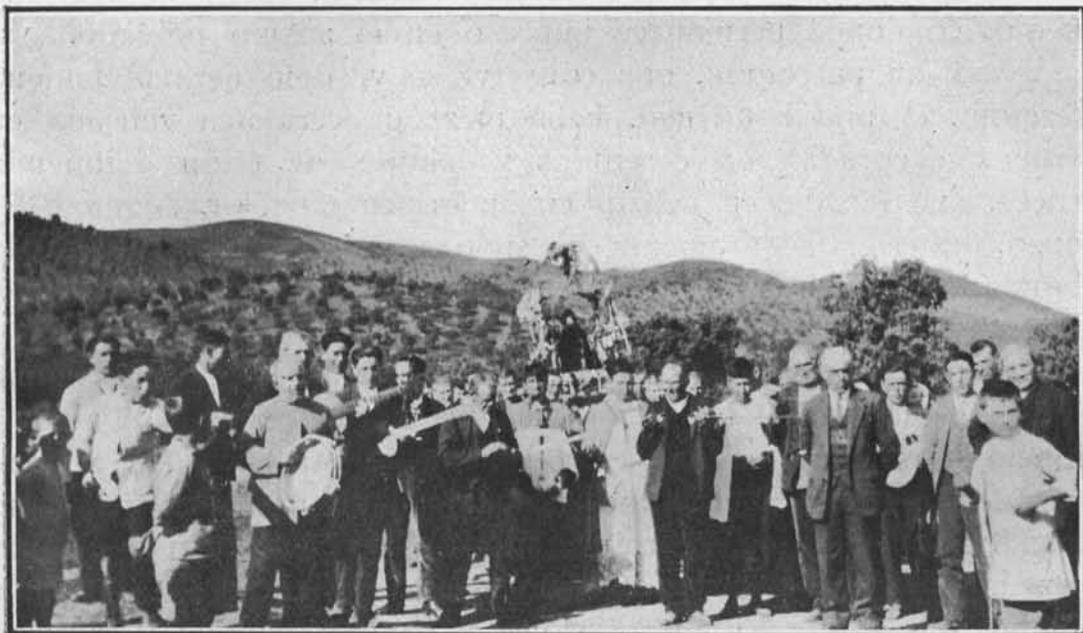
El pueblo de Obejo, hoy, rodeado de amplia mancha de olivares fruteros que sin interrupción siguen a Montoro y al Norte del término de Espiel, hasta alcanzar la Extremadura; cercado a Norte y Oeste por feraz vega de sanos y robustos chaparrales, limitado por la cinta de la hoz de Guadaibarbo, que corre por risqueras y al pie de cerros aun en parte cubiertos de tupido jaral; ha quedado allá como un hito del pasado cuyo estudio bajo las distintas facetas de lo retrospectivo es abundoso en motivos y en temas.

* * *

Pero el abolengo del pueblo no es de ayer. No es ya sólo el resto de su pasado el que quedó escrito en el archivo histórico provincial, donde se observa que la amplia delimitación de su



El patrón San Benito y el baile del Patatú de Obejo, según un grabado antiguo



La procesión de San Benito y los danzarines



La cadena, figura fundamental del Patatú

partido debió corresponder a su importancia, es el vestigio arqueológico donde permanece impreso en el mismo poblado.

Y así, su parroquia, que conserva el vestigio de una antigua mezquita, la pila bautismal, bella pieza de cerámica vidriada en verde y decorada con cerquillos y labores de pitón definiendo cruces, que nos hacen pensar en su origen mudéjar. Algún bello lienzo, anterior seguramente al siglo xv, que si un día quedó abandonado, la incuria no fué tan grande que pereciera con el tiempo.

Esa pila bautismal, acaso los lienzos de la Iglesia Parroquial y probablemente los bellos ornamentos bordados de antiguo terciopelo y rancio damasco; e igualmente, a mi juicio, la imagen del Santo Patrón San Benito, probablemente proceden del abandonado Convento de Pedrique, sito al Sur del Pueblo, a unos diez kilómetros de distancia del mismo, en el regajo de aquel nombre que desde Villaharta sigue el camino de Los Pañeros o de las Mestas al Este, hacia la confluencia de los cinco ríos Guadalbarbo, Cuzna, Gato, Varas y Matapuercas.

Esa misma situación de Obejo, que hace rememorar a sus habitantes la inmediateción a vías de comunicación que reclaman los progresos del momento presente, ha ofrecido ventajas para la conservación de las reliquias del pretérito; reliquias que no sólo se limitan a las obras de los hombres sino que a veces estos mismos arrastran consigo.

* * *

Y he aquí que en plena Sierra Morena, lejos de todos los focos en que nos era conocida la reminiscencia de la prehistórica danza de las espadas, en Obejo, nos encontramos en el baile del patatú ese vestigio conservado que desde luego merece un estudio especial.

Hasta el momento nos son conocidas la espata-dantza de los euskaldunas, la dance de espadas de Graus y en otros puntos del Ribagorza; por asimilación los Balls de bastons de Cataluña, los caballins, caballs, cotoners de varios lugares de Aragón, Cataluña y Mallorca. Pero en el mediodía de la Península la tradición se perdía, al parecer quedaba relegada a ese extremo del suelo nacional, tan abundante en este orden de ideas de tradiciones, leyendas, restos del pasado, conservados en el hombre a través del tiempo.

* * *

El patatú de Obejo es una danza de espadas donde se ha

perdido el vestigio del traje, pues sólo en una tabla del pasado siglo conservada en la Ermita del Santo Patrón San Benito, aparecen los danzarines ante el Santo, llevado en procesión, a la usanza de la antigua andaluza; esto es, con chaqueta corta y pantalón ceñido, de paño pardo, sombrero de feipa con pompon, bota larga adornada de caireles y pañuelo al cuello y faja roja.

Pero este traje, solo como el de fiesta, en el país en dicha fecha era usado; no puede dudarse de que entonces se había perdido en este extremo la tradición de lo antiguo.

El patatú de Obejo se baila con espadas; las mismas que he podido observar son modernas, alguna aun data de construcción del país, pero hasta hace poco tiempo se sabe que los chamarileros de lo viejo poco a poco fueron comprando en el poblado o cambiado por espadas modernas las que se usaron en tiempos para la danza.

Tampoco en este extremo se puede hallar el resto de lo primitivo; por otra parte para la danza, como se verá no es necesario hacer grandes juegos ni especiales desplazamientos por lo que hace a este arma.

Hoy el patatú es una fiesta religiosa; los hermanos se dividen en *orantes* y *danzantes*; aquellos sólo contribuyen con su óbolo al sostenimiento de la hermandad, los segundos son los verdaderos actuantes en la danza que analizamos.

Ante el Santo Patrono San Benito tiene lugar aquélla, en que interpretan hoy los buenos vecinos de Obejo los dones de la Providencia; prueba de ello es esta letrilla que oímos en el lugar:

Agua, Padre Eterno,
Agua, Padre mío,
Que se van las nubes,
Sin haber llovido.

Porque hemos de hacer notar que a más de cuatro fiestas anuales, la de San Antón, San Benito y otra en Marzo o Abril, la procesión del Santo y la danza tiene lugar cuando una calamidad azota al pueblo, o si es de temer la pérdida de las cosechas.

* * *

La procesión arranca de la Ermita; avanza en primer término la cruz parroquial de Obejo, síguenla los hermanos danzantes, la música, el Santo Patrono y la presidencia religiosa y civil.

La danza se baila al son de guitarras, bandurrias y pandere-



El degüello del Patatú



Conjunto de la danza

ta; pero en un grabado antiguo aparecen los músicos provistos de violines y platillos, coparticipando de la misma; al parecer el son viejo se va perdiendo, a un antiguo cofrade pudimos escuchárselo, más cadencioso y monótono que el actual. Indudablemente en esto el tiempo ha establecido al discurrir su mudanza.

El baile tiene lugar constantemente a medida que la comitiva sigue su itinerario; los danzantes evolucionan en la forma que ahora será indicada, y a su paso se acomoda la parada o curso del cortejo.

Este llega a la cruz frontera en el camino, retrocede, da una vuelta en derredor de la Ermita y penetra de nuevo en ella.

* * *

La antigua música tiene un sabor arcaico, pero a la vez modulaciones que, sin querer, traen a nuestro recuerdo pasajes de la partidura de *The Geisha*. Algo, un murmullo del pasado queremos adivinar que quedó impreso en los falsetes que hoy se repiten.

Datos de la existencia de la hermandad que danza el patatú existen en el Ayuntamiento de Obejo, según escritos que datan de 1600; en ellos se observa el carácter de independencia que conservó la hermandad para su régimen, con libertad para su administración de la autoridad eclesiástica.

Por otra parte, las festividades que ahora celebra creemos que se establecieron en la fecha en que el monasterio de Pedrique, hoy desaparecido, florecía en su mayor esplendor, y ésto puede explicar los patronos de la cofradía, todos ellos santos varones eremitas o que merecieron la fervorosa devoción de éstos.

* * *

Más en el patatú, en la danza ofrecida a los elegidos de la religión verdadera, no cabe duda que ha de buscarse un origen primitivo; la danza de las espadas, por el hecho del empleo de estas es en su origen danza guerrera, simboliza el éxito del triunfador o el honor incluso hallado en la muerte.

La danza de Obejo tiene cuatro tiempos, que en realidad giran en general alrededor de la evolución de los bailarines en el paso que ellos llaman la *cadena*. Ya sea avanzando primero de uno en fondo, cogida con la diestra la empuñadura de una espada, y con la siniestra la punta de la precedente; ya evoluciones determinando arcos al elevar los primeros la espada que sujetan, bajo la cual han de pasar los que siguen, que a su vez defi-

nen nuevos puentes, por donde al terminar el paso penetran los primeros que, recorrido el arco múltiple de tizones van a formar otro nuevo; ya este juego se extiende a formar dos y tres cadenas sucesivas; constantemente las espadas se hallan sujetas por dos danzarines que no deben soltarias en todo el tiempo que el baile dura.

Pero de pronto la danza se interrumpe; el hermano mayor, que figura a la cabeza de la cadena, queda aprisionado entre las demás espadas que se cruzan alrededor de su cuello; la danza sigue,



El retorno a la Ermita, última cadena del Patatú

sin que ninguno de los bailadores abandone su espada ni la punta de la espada precedente; el momento se llama la *horca*.

De ella el Danzarín Principal, el Hermano Mayor se desprende hundiéndose bajo los aceros, y de nuevo la cadena arranca con el mismo movimiento que precedentemente; los danzarines ahora multiplican la evolución con la cadena doble, y la cadencia sigue así ya monótonamente hasta el final.

Durante todo el baile, que tiene una duración de unos tres cuartos de hora, los hombres sostienen un paso uniforme, en pequeños y constantes saltitos, casi arrastrando los pies para desplazarse, análogamente al llamado paso del kanguro que vimos importado de la lejana Oceanía.

A. CARBONELL T.-F.